



**Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá**



## **La sagrada ofrenda**

Iba para dos años que nuestros ejércitos se batían con la desesperada tenacidad en que habían de consumirse como en una hoguera. Grandes batallas anegaran de sangre las hasta entonces rientes campiñas paraguayas del sud y, entre ellas la del 24 de mayo, en el Estero Bellaco, viera extinguirse bajo la metralla enemiga aquel bizarro batallón 40 formado por la flor y nata de los hijos de Asunción.

Esa cruentísima batalla que sumiera en nuevo duelo a casi todos los hogares de la buena sociedad asuncena, despertó un eco dolorosísimo pero en el que, por encima de la angustia del dolor afectivo, vibró una suprema decisión de hacer frente con temple espartano al oleaje de sangre y fuego que avanzaba desde Paso de Patria.

En el tiempo que llevaba de duración la lucha se habían agotado todos los recursos del Estado, y todavía quedaban por delante tres largos años de [80] batallar continuo, en los que nuestros ejércitos habían de realizar el milagro único de sostener la guerra en medio del más extremado agotamiento del país, consumidos ellos mismos por la miseria y sólo fortalecidos por la esperanza de caer un día al pie de la bandera con la conciencia de haber rendido a la patria el tributo de su fidelidad llevada hasta el sacrificio.

Nadie flaqueó en aquellos días de espantosa prueba, a pesar de la horrible incertidumbre que se abría como un abismo entre el hogar deshecho y el terruño invadido y asolado.

En aquel atardecer del 24 de febrero de 1867, la Plaza del 14 de mayo de esta nuestra legendaria ciudad de la Asunción presentaba un aspecto nunca visto hasta entonces. Llenábala una muchedumbre en la que se mezclaban las damas y los pocos caballeros que quedaban de la alta sociedad, con hombres y mujeres del bajo pueblo.

En la parte central del paseo habíase improvisado un estrado que tapizaba rojo terciopelo. Un retrato del marisca, entre trofeos de armas y banderas. [81] Presidía aquel escenario, como una evocación de la guerra que allá abajo envolvía en una tempestad de hierro las campiñas y en densos crespones los hogares del Paraguay.

Algo indicaba en la compacta multitud que llenaba la plaza y cuya masa reforzaban nuevos contingentes que bajaban por las calles del Atajo, 25 de diciembre, y de la Catedral que era un objeto solemne el que allí la congregaba. Hablábese con animación en los grupos, alguna que otra voz se alzaba de vez en cuando en un viva trémulo que la multitud coreaba, lucían los pechos de hombres y mujeres los colores nacionales, pero faltaba en la masa popular el aire de fiesta que en otras aglomeraciones celebradas allí mismo la animara en sus conmemoraciones de las fiestas patrias.

Se hablaba de la guerra y bien se comprendía que ese gentío estaba reunido con un objeto relacionado con la suerte de la sangrienta contienda. Vibraba de entusiasmo la muchedumbre, pero era un entusiasmo como suelen ser los de nuestro pueblo: íntimo, silencioso, casi adusto en su concentración. Que así luchó nuestra raza durante aquel lustro trágico, y así fuera antes, [82] y así siguió siendo en todas sus emociones, tal como si la intuición de su destino acorazara de impasibilidad su espíritu para darle esa suerte de gravedad triste y fría en que aparece envuelto en todos los grandes momentos de su historia...

Cuando la ciudad entera hubo se reunido en la Plaza, un múltiple tañer de campanas anunció las siete. El sol estaba alto todavía y brillaba en un cielo purísimo cuya serenidad contrastaba con la borrasca que hervía en los corazones.

Allí cerca corría el río, nuestro legendario río nativo, con sus aguas azules que allá abajo la sangre de nuestros soldados teñiría de púrpura. Y al pasar los camalotes, arrastrados por la corriente, los ojos se posaban en cualquiera de ellos y la imaginación, impresionada por los relatos de heroicas hazañas, veía en la flotante masa vegetal al guerrero hermano que en la cautela de una sombra propicia se lanzaba al azar temerario de un asalto...

Apenas hubo se extinguido el último de los siete toques indicadores de la hora, cuando una dama irguió su figura en medio del estrado. Era alta y parecíalo más aún en su arrogancia. [83] Nevarán los años en sus cabellos y pusieran en su mirar un dulce cansancio y una que otra arruga en su rostro empalidecido de emoción.

Y empezó a hablar en aquel escenario grandioso, techado de cielo y alumbrado de sol. La voz saliole temblorosa al principio, pero poco a poco cobró serenidad y firmeza e hizo sonora y adquirió una penetrante vibración de clarín.

Llamábase la dama doña Carmen Esperati de Martínez.

En torno de ella hízose un silencio imponente. Los miles de seres que llenaban la Plaza trataban de ahogar hasta la respiración para escuchar bien. Pálidos los semblantes; como ardiendo en fiebre los ojos...

Por los labios de la matrona hablaron todas las mujeres paraguayas. Oigamos una frase de su discurso, digna de ser escrita en letras de oro:

...LA MUJER PARAGUAYA VIENE A HACER LA OFRENDA DE SUS JOYAS A LA PATRIA. EN LUGAR DE ALHAJAS QUIERE LUCIR LOS COLORES NACIONALES EN LOS QUE HA DE ENVOLVERSE PARA SU SALVACIÓN Y DE LOS QUE HA DE HACER SU MORTAJA PARA MORIR COMBATIENDO POR [84] LA PATRIA A LA PAR DE LOS VALIENTES QUE DEFIENDEN NUESTRO SUELO.

Y de aquel atardecer de febrero llégame una voz muy conocida y en el estrado de la Plaza del 14 de mayo veo una figura que me es muy familiar. No es la vieja abuelita que me narró esta vieja crónica y a la que yo conocí ya con la talla encorvada y el cabello blanco; es la abuelita joven aún -fulguraba en sus bellos ojos el resplandor de los veinticinco años- aunque con el alma convertida en una tiniebla por la viudez en que acababa de dejarla la guerra. Su esposo cayera en Estero Bellaco -tumba de mis dos abuelos- y ella quedara con tres hijos, una niña y dos varones, a defenderse de la vida y a llorar el infortunio de su hogar.

La veo y la oigo, a través de este texto que copio de un amarillento número de «El Semanario» correspondiente al 24 de febrero de 1867:

*«Habla la señora Teresa S. de Lamas: He perdido a mi esposo en esta guerra cruel que nos hacen tres naciones; [85] he perdido también a otros seres queridos y solo me quedan en el desastre mis hijos y mis alhajas. Demasiado pequeños los primeros para ofrecerlos, hoy vengo a depositar en el altar de la patria todas mis joyas para que ellas contribuyan a sostener la defensa de nuestra bandera...*

¡O dulce abuelita! Dulce abuelita que viste partir al abuelo para la batalla sin que ni una lágrima tuya pusiera un temblor de cobardía en su corazón, dulce abuelita que me legaste el orgullo y la lección de esas palabras que repito con unción tal como si una a una me las dictasen tus labios; dulce abuelita que, perdido el bien amado en la edad más bella, te hiciste fuerte -¡tú que eras tan tierna y tan débil!- y te volviste heroína... Yo invoco tu memoria y la de aquellas admirables matronas que a la par tuya ofrendaron sus joyas a la patria, y, fortalecida por la inspiración sublime de tu ejemplo te digo: el temple de hierro que fue el tuyo, sigue siendo el de la mujer paraguaya que en su sangre siente bullir los dictados de esa tradición sagrada...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

